

Vagan infatigables por la esfera,  
Obedecen tu voz, muestran tu gloria  
Con beldad elocuente y giro activo!  
¿Qué sois, brillantes astros? ¿Sois columnas  
De lúcido cristal, raudales de oro,  
Lámparas de éter puro, u otros soles  
Que mil y mil sistemas iluminan?  
¿Y qué son para ti? Lóbrega noche  
Comparada al fulgor del mediodía;  
Méno que gota para el mar inmenso.  
Y yo, mortal, ¿qué soy? — Mil y mil mundos,  
La innumerable hueste del empero  
Aumentada á miríadas, brillando  
Con cuanta gloria el pensamiento alcanza,  
¿Qué son en tu presencia? Solamente  
Un átomo insensible; y yo, la nada.  
Nada soy; mas tu lumbré bienhechora,  
Traspassando los orbes, á mi pecho  
Llegó también; tu espíritu divino  
En mi espíritu brilla, como el rayo  
Puro del sol en la delgada bruma.  
Nada soy, mas yo vivo, y á ti anhelo  
En alas del deseo; por ti animo,  
Aliento y crezco, y en tu amor confío,  
Y aspiró hasta tu solio soberano.  
Y pues yo existo, ¡oh Dios! sin duda existes.  
Moderador del orbe, tú dirige  
Mi pensamiento á ti; tú lo reitena,  
Y de mi errante corazón sé guía.  
Atomo hundido en el inmenso mundo,  
Yo soy algo, Señor, pues tú me hiciste.  
Entre el cielo y la tierra colocado,  
Ultimo ya de los mortales seres,  
Estoy cercano á la mansion dichosa,  
Cuna del ángel, y en el linde mismo  
Do empieza del espíritu patria.  
Yo completo la escala de los seres;  
De la materia el último celaje  
Se pierde en mí, y á mí se sigue luego  
El espíritu puro. — ¡Yo soy polvo,  
Y mandar puedo al rayo; yo monarca  
Y esclavo, insecto y Dios! — ¿Cuál fué mi origen?  
¿Cómo existió esta máquina admirable,  
Tan misteriosamente concebida,  
Tan portentosamente organizada?  
Nada sé; sólo sé que un poder sumo  
Dió al embrión humano sér y vida,  
Que él de sí mismo recibir no pudo.  
¡Oh palabra creadora, fuente eterna  
De la vida y del bien, alma del alma!  
¡Oh Dios de mi salud! Tu amor, tu lumbré  
En su brillante plenitud mi pecho  
De un inmortal espíritu llenaron.  
El vencerá los reinos de la muerte,  
El ceñirá las nobles vestiduras  
De sacra eternidad; y levantando  
Sobre la tierra vil sus santas alas,  
Volará á ti, su autor, su inmensa fuente.  
¡Oh esperanza inefable! Si no dignos  
Son de tí los humanos pensamientos,  
Tu imágen, que en los ánimos grabaste,  
Te pague el homenaje de alabanza.  
Sólo así, oh eternal sabiduría,  
Oh infinita bondad, sólo así puede  
Mi humilde pensamiento á tí elevarse.  
Admiro el universo, noble hechura  
De tu diestra; tus leyes obedezco;  
Adoro tu grandeza, y cuando voces  
Ya faltan á mis labios, habla el alma,  
De gratitud las lágrimas vertiendo.

## GEÓRGICAS PORTUGUESAS

DE LUIS DA SILVA MOZINHO DE ALBUQUERQUE.

(Traducción del portugués. Varios fragmentos.)

Driadas tiernas, que del nuevo tronco,  
Morada vuestra, recelais el daño,

¡Ah! protegédlo de la nieve fría.  
Inspirad al cultor que le dé abrigo,  
Removiendo la tierra destrozada  
Por los torrentes de copiosa lluvia.  
Tú, benigna Minerva, que adoptaste  
La sacra oliva para el bien del hombre,  
Ahuyenta del asilo donde crece,  
El roedor diente de voraz ganado.  
Haz que ciñan punzantes cambroneras  
La almáciga preciosa, y desde el cielo  
Protege del colono los afanes.

En la cima escarpada de alto monte,  
De donde nieves lanza el Bóreas frío,  
Por más grato y feliz que el suelo sea,  
Jamás se elevará la verde oliva.  
Rivales del Atlante, erguidas cumbres,  
Asperas sierras, que las nubes densas  
Tocando osadas provocais sus rayos,  
Ornad, ornad vuestra nevada frente  
Con la robusta capa de alto pino;  
Que Minerva, enemiga de aspereza,  
Dulces abrigos busca, y de sus dones  
Hace risueña delicioso alarde  
En un lugar templado, en fácil tierra,  
Que no combatan la humedad ni el viento.

Cantamos ya la ley con que la tierra  
Embebe de la atmósfera los jugos,  
Y en el húmedo gremio los conserva,  
Cual cede al suyo el vegetal naciente,  
Que en sus delgadas venas lo elabora,  
Y activo lo convierte en alimento.  
También cantamos ya de qué manera,  
La ley comun de muerte obedeciendo,  
Descompuesta la planta, de su tumba  
Hace brotar la vida de otras plantas.  
Mas no bastó que fecundase el campo  
Para otra flor el vegetal marchito;  
No bastó que á la luz de Febo expuesto,  
Fuente de vida para nuevos seres,  
Derramase en el viento de aire puro  
Benéfico raudal, y en sí guardase  
De mefíticos gases el veneno.  
Fué preciso además, Madre sublime,  
Para perfeccionar tu excelsa obra,  
Que el jugo concretado en tierna planta,  
De hojas, flores y frutos la adornase,  
Y al animal nutriendo, elaborado  
En su seno de nuevo, ya sirviese  
De grato abono al vegetal futuro,  
Ya fuese á enriquecer de los metales  
El magnífico reino inanimado.  
Así los entes todos se encadenan,  
Y de áridas ruinas brota fértil  
El germen de la vida. La materia,  
Mil veces descompuesta, y mil tornando  
A nueva forma en círculo incesante,  
La faz del universo vivifica.  
Así las ondas, que el estanque inmenso  
Llenan del Océano, transformadas  
Por el rayo solar en vapor leve,  
Y condensadas por el aire frío,  
Se precipitan sobre el alto monte;  
Y desde allí en torrentes y riberas,  
O en fuentes de cristal y arroyos mansos,  
Vuelven de nuevo al piélago nativo.

Llega la hermosa y fresca primavera;  
Reverdecen los bosques; brotan flores,  
Precursores del fruto; el sol derrite  
Las cristalinas nieves, que fundidas  
Van á aumentar los rápidos torrentes.  
El pintado amoroso pajarillo  
Entre el nuevo verdor alegre canta;  
Céfiro besa la naciente rosa,  
Y convida á los sátiros saltantes  
Y al fauno osado á perseguir las ninfas  
Que por las selvas huyen. Vén, oh Nise,  
Juntos vaguemos por el fértil campo;  
Las nuevas flores que en las ramas cuelgan,  
Nos tejerán guirnaldas olorosas.

Vén, que el cándido lirio, el verde mirto  
Y la fragante pudibunda rosa  
Tus sienas orlarán. Venid, placeres,  
De Flora bella fieles compañeros;  
Venid, risas; venid, juegos suaves,  
Que ya Venus las cándidas palomas  
Con el cendal purpúreo dirigiendo,  
Desciende leda en su dorado carro.  
En pos las bellas Gracias, desatando  
Al viento jugueteo las trenzas de oro  
Sobre los cuellos de alabastro, tejen  
Danzas festivas, que en alegres giros  
Remedan bulliciosos los amores.  
Dulce placer halaga las tareas  
Del feliz labrador, y de continuo  
Canciones amorosas vuelve el eco.

Ya do encorva Canero ingentes (1) brazos,  
Llega al astro del día en la elevada  
Porción del cielo; el encendido estío  
Sucede á la templada primavera.  
Ya el estambre al pistilo fecundado  
Deja el fruto formar, y cae en tierra  
Con la corola de matiz diverso;  
Mas, cerrado el ramaje de los troncos,  
De Febo opone al rayo enardecido  
Verde muralla, que romper no osa.  
En muelles lechos de amarillo junco,  
Al margen del torrente, ya mezquino,  
La Naide, de espadaña coronada,  
Sobre la exhausta urna se adormece.  
Sale del matorral triste lagarto  
O escamosa serpiente, el dardo fiero  
Vibrando al sol. Sobre los techos pia  
De Progne el hijo, y Filomela infausta  
Concluye el canto que halagó las selvas.  
Ya el color de esmeralda cede al de oro,  
Ya la cargada espiga se estremece,  
Herida de los aires. ¡Oh momentos  
De placer para el campo!

Más al fin siente el buey, perpétuo esclavo,  
De la cruel vejez la cercanía;  
Dichoso si, cansado de las penas  
De una vida afanosa, en el reposo  
Esperando del tiempo el tardo hierro,  
Terminase la edad sus tristes días;  
Pero esclavo del hombre mientras vive,  
Más allá del morir le es provechoso.  
No bien completó el sol los doce giros,  
Su suerte muda; súbito comienza  
Trato dulce y falaz, cierto presagio  
Del destinado golpe postrimero.  
Es conducido á prados abundosos;  
No oprime ya su cuello el fuerte yugo;  
Los granos succulentos, las raíces  
Que más aprecia, la batata blanda,  
Con la sal, que despierta el apetito,  
Allí se le prodiga; mas en breve,  
Herido el triste de imprevisto golpe,  
Cae en tierra á las manos de aquel mismo  
Por cuyo bien vivió.

## ODAS.

## I.

## Á LA CONCEPCION DE NUESTRA SEÑORA.

Sobre una peña fría reclinado  
El miserable cuerpo, en llanto acerbo  
Baña el suelo aterido  
El triste Padre del linaje humano,

(1) Esta voz es poética é imitativa. No sé por qué ha de carecer de ella el idioma español, que tiene por lo ménos tanto derecho como el portugués á enriquecerse con el tesoro de la lengua latina.  
(Nota del Autor.)

Ya arrojado del plácido recinto,  
Do en sencilla inocencia,  
En grata paz gozó breves instantes;  
Breves, ¡ah! que pudieron ser eternos.  
Gime y suspira, y el helado viento,  
Que en la cumbre vecina se enfurece,  
Encienden sus suspiros.  
Llora, y las blandas lágrimas regando  
Sus pálidas mejillas,  
A la tierra infecunda se desliza,  
Que el fruto amargo del dolor promete.  
Fijo su dolorido pensamiento  
En tí, sagrada Eden, y de tu hermosa  
Mansion afortunada  
En el perdido bien, tristes recuerdos  
De pasadas venturas  
Hieren su corazón, y al cielo airado  
Los ojos vuelve, renovando el llanto.  
Contempla de su altiva inobediencia  
El fruto venenoso, y al delito  
Y á la implacable muerte  
El mísero linaje abandonado;  
Considera el vil triunfo de la envidia,  
Y con candado eterno  
La puerta celestial negada al hombre.  
En tanto un esplendor, que el aire enciende  
En brillante luz, hiere sus ojos,  
Y suspende el sollozo dolorido;  
Turbado mira la elevada esfera  
Abrirse luminosa,  
Y lanzar de su seno ardiente globo  
De fuego rutilante.  
Desciende, y á la tierra tenebrosa  
En mil bellos colores ilumina;  
Y el denegrido manto  
Con que ciñó su faz lóbrega y triste  
La oscura noche, ardiendo en viva llama,  
Se disipa abrasado,  
Y baña al mundo en célica alegría.  
Sus lumbres peregrinas animaba  
Espíritu celeste,  
Que al viento esparce en blando movimiento  
Fulgur sereno del divino rostro;  
Llega á Adán, y del tiempo venidero  
La dichosa esperanza  
Así le anuncia en elevado acento:  
« Deja el amargo llanto,  
Oh lastimado Adán; la piedra suma  
El mísero destino de tus hijos  
Compasiva miró. Ya el bien prepara  
A la afligida gente,  
Y el solio de la culpa en vil ruína  
Envolverá su poderosa mano.  
El Hijo, el Hijo amado, de su lumbré  
Eterno resplandor, víctima digna  
Se ofrecerá, expiando tu delito.  
Cual corderillo mudo,  
Que sin balar camina al sacrificio,  
Le verá el mundo, con el peso enorme  
De las humanas culpas agobiado,  
Llegar al ara é inmolarse en ella.  
Preparad al Señor los corazones,  
Generacion feliz; la estéril tierra  
Hará fecunda el celestial rocío.  
El curso perezoso,  
Oh tiempos, abreviad, y del Excelso  
Llegue el glorioso día,  
Y en él la dicha al afanado mundo.  
¿Qué refulgente aurora se levanta  
Del desierto horroroso,  
Y en luz benigna la campaña dora?  
Yo miro el sol, que de su puro seno  
Nace resplandeciente,  
La paz y la salud dando á la tierra.  
Vén, clara aurora, vén; la primavera  
Prepara ya de sus hermosas flores  
El aroma oloroso á tu venida.  
¡Oh Adán! no en su semblante  
Cándido y puro, de tu vil delito  
Cayó la negra mancha contagiosa.  
Cual virgen azucena  
En la floresta esparce sus olores,

No expuesta al fiero enojo  
Del ábrego crüel; así el inmundo  
Anhérito infernal del monstruo horrendo  
No empañará su celestial belleza.  
La sierpe ponzoñosa el cuello enhiesto  
Postrará enfurecida,  
Y emprenderá infestar con su veneno  
La vencedora planta que la oprime;  
Mas ella generosa  
Quebrantará feliz su altiva frente,  
La alta victoria celebrando el cielo.  
En ella, Adán, en ella reparada  
La desgracia primera  
Se verá; y el gemido doloroso  
Vuelto en himno sonoro,  
Alegre el mundo aplaudirá su gloria.  
En tanto, mientras llega el claro día  
En que ventura tal el hombre alcance,  
Mortales, esperad, y la esperanza  
Consoladora calme el triste llanto.»  
Dijo; y á la elevada  
Region el raudal vuelo dirigiendo,  
Dejó encendido en esplendor luciente  
El viento trasparente.

## II.

## Á LA MUERTE DE DORILLO.

Cara ceniza fria,  
Que otro tiempo el espíritu animaba,  
Mitad del alma mía,  
¡Ay! ¡cuán amargo llanto  
Renuevas en mis ojos, que llenaba  
De gozo y de placer tu amada vista!  
¡Quién consuelo al quebranto  
Dará, que al peso del dolor resista?  
Tú, triste Melpoméne, tú me inspira  
El funesto cantar; á tí el sagrado  
Febo concedió el canto lastimado  
Y la lúgubre lira.  
Mas ¡ay! en torno del sepulcro umbrío,  
Que yo mismo de flores rodeado  
Dejé, y en tiernas lágrimas bañado,  
Callado el coro pío  
Yace, sobre las cítaras canoras  
Los rostros descansando;  
Ni responden sonoras,  
Cual en acento blando  
El Bétis las oyó, por mí invocadas,  
De sus ninfas sagradas  
La gloria celebrar; ahora llorosas,  
Mi débil voz escuchan silenciosas.  
Nada, en fin, del destino  
Estorbar puede la implacable mano,  
Que al hórrido camino  
Atroz conduce al miserable humano.  
No, querido Dorillo, del eterno  
Hado te libró el ruego enardecido,  
No el llanto amigo ni el amor paterno.  
¡Ay! cuando el fin temido  
Se acerca, que la Parca nos prescribe,  
Al sepulcro igualmente  
Baja el anciano que en congoja vive,  
Y el jóven floreciente.  
El cielo, el cielo, airado  
Contra la tierra impía,  
Le arrebató la luz que la ilustra,  
Y de pavor bañado  
El semblante quedó, que la alegría  
Y el candor animaba.  
Tú, pudor no manchado,  
Tú, inviolable verdad, la faz doliente  
¿Dónde más volveréis? ¡Y cuándo ¡oh santa,  
Oh adorable virtud! que ves helado  
El pecho que inspiró tu llama ardiente,  
Consuelo encontrará pérdida tanta?  
Sin tí, pues, dulce amigo,  
En dura soledad al viento dando  
Tiernos ayes, del Bétis la corriente  
Aumentaré llorando.

¡Ay! cuando tú conmigo  
Pisabas la ribera floreciente,  
Y á la sombra del álamo frondoso  
El sonoro ruido  
Gozábamos del aura placentera,  
¡Cuán alegre era entonces el hermoso  
Matiz que al extendido  
Campo esparce la bella primavera!  
Mas ahora, que de tí, Dorilo amado,  
Por una eterna ausencia  
Fallezco separado,  
Nada es grato á mis ojos. La presencia  
Del claro sol que anima al universo,  
Y en todo cuanto vive el gozo inspira,  
Odiosa es para mí; odioso el terso  
Cristal donde su rostro el Bétis mira.  
Triste me ofrece el pálido semblante  
La oscura noche fría,  
Y triste miro el resplandor brillante  
Con que anuncia la aurora el nuevo día.  
Espíritu inmortal, que á la alta esfera  
Dirigistes el vuelo,  
Donde, ya libre del humano velo,  
La ley no temes de la Parca fiera;  
¡Oh si el dolor pudiera  
Romper el hilo de mi amarga vida,  
Y en lazo más feliz contigo unida  
El ánima viviera!

## SONETOS.

## I.

(Traducción del Taso.)

Amor alma es del mundo; amor es mente,  
Que al sol dirige en su abrasado vuelo,  
Y al astro errante que circunda el cielo  
Hace que enfrente el curso ó lo acreciente.  
La tierra, el aire, el agua, el fuego ardiente  
En viva llama ó condensado hielo  
Alimenta; por él dulce consuelo  
Logra el hombre; por él la pena sienta.  
Mas, aunque augusto rigé á su mandado  
Cuanto extendido abraza el hemisferio,  
Mostró en los dos su fuerza más triunfante;  
Y desdeñando el círculo estrellado,  
En vuestros dulces ojos su alto imperio  
Fijó, y sus aras en mi pecho amante.

## II.

(Traducción del abate Leonio.)

No hay en el prado flor, onda en el río,  
Tronco en la selva, ni en el campo viento,  
A quien en triste y lamentable acento  
No llorase mi amante desvario.  
Mas cuando á la que causa el dolor mío  
Pretendo declarar el mal que siento,  
Falta la voz, y el perturbado aliento  
Vuelve al pecho, cuajado en hielo frío.  
¡Dura pena de amor! siento la herida  
De su flecha crüel, y hablar no es dado  
A quien sanar pudiera su veneno.  
¡Ah! ¡cómo hablar podré, si enardecida  
El alma, cuando mira el rostro amado,  
Dejando el corazón, vuela á su seno?

## III.

(Traducción del Marqués Bentivoglio.)

Yo vi, ¡triste memoria de mi pena!  
Yo vi el amor en hábito mentido  
Por el prado vagar, pastor fingido,  
Al dulce són de la templada avena;  
Yo lo reconocí por la cadena

Mal oculta en el manto desceñido;  
Vi el arco que los dioses han temido,  
Y de dorado arpon la aljaba llena.  
Y exclamé: «Huid el lobo, que engañoso  
Hoy se finge pastor, tristes ganados;  
Huid, pastores, el cantar doloso.»  
Airado Amor entonces, «Pues aspiras  
A verlos de mi engaño libertados,  
Tú solo, dice, probarás mis iras.»

## IV.

## Á ROBESPIÈRE.

Mata, destroza; de exterminio fiero  
Sáciate, Robespierre; vierte, inhumano,  
La pura sangre de tu triste hermano,  
Y otra vez y otras mil alza el acero.  
Al golpe atroz de tu segur primero  
Perezca el orbe, y con furor insano  
Al astro de la luz llegue tu mano,  
Y hunda feroz al universo entero.  
Húndase, y vive solo tú, malvado,  
Ante el Dios de bondad; en él te queda  
El castigo á tus furias reservado.  
Mira esa sangre que tus labios baña;  
Oye el remordimiento, que ya hereda  
De innumerables víctimas la saña.

## ÉGLOGA.

## Aristo.

POETA.—ELISIO.

## POETA.

Del Garona en la margen extranjera  
Su pobre manadilla  
Apacentaba Elisio, el desterrado  
Pastor, que en la olivifera ribera  
Do el sol de ocaso sobre el Bétis brilla,  
Vivió otro tiempo en venturoso estado;  
Mas, enemigo el hado,  
Le arrojó de aquel suelo floreciente  
Al clima de los ciezos bramadores,  
Y en solo un día le robó inclemente  
Su choza, su rebaño y sus amores.  
Sólo su triste corazón consueta  
Liberio (1), caro amigo,  
Hijo de aquel cuyo subido canto  
Por las llanuras de Occitania vuela (2),  
Que lamentó de Elisa y su enemigo  
La amarga historia, y de Cartago el llanto.  
El hijo, aunque no á tanto  
Su verso eleva en la templada avena,  
Canta el amor, las selvas y las flores,  
Y la pura virtud que lo enajena  
Cándido enseña á cándidos pastores.  
Mas entre tanta pena dolorosa,  
La que de Elisio el pecho  
Con más duros recuerdos atormenta,  
Es de Aristo la muerte lastimosa:  
De Aristo so el pajizo humilde techo  
Del Bétis, ¡dulce amigo! la tormenta  
Con que el prado amedrenta  
El Aquilon lanzándose á deshora  
De las heladas cumbres de Calixto,  
No es tan triste á las hijas de la aurora  
Como á Elisio la muerte de su Aristo.

(1) Mr. Le Franc de Pompiñan, hijo del famoso autor de la *Dido*, poeta lleno de gracias, mi huésped y mi bienhechor. Sus virtudes son superiores en mucho á mi débil talento, pero no al sentimiento de gratitud que me ha dictado su elogio. (Nota del Autor.)

(2) Occitania, nombre antiguo de Languedoc.—*Occitania rio*, el Garona.

Ya la agradable pompa del otoño  
Deslumbraba el Noviembre, y las airadas  
Ondas temen los fuertes gobernalles;  
Marchito en el frutal muere el retoño  
Y las hojas del árbol desgajadas  
Forman en el verjel pálidas calles.  
Por cenagosos valles  
Derramaba el Garona su ribera,  
Cuando al són de la rápida corriente  
La canción funeral y lastimera  
Así Elisio empezo con voz doliente.

## ELISIO.

Recibe, Aristo, un túmulo extranjero,  
Sólo del triste Elisio frecuentado;  
Aquí el clamor de mi sollozo fiero  
Oirá sólo la sombra de mi amado;  
Y pues del Bétis el hermoso otero  
Para honrar tus cenizas me es negado,  
Atiende compasiva al llanto mío,  
¡Oh ninfa, tú, del occitano río!  
No de mustio arrayan ni blandas flores  
La tierra, con mis lágrimas bañada,  
Regarán suspirando los pastores  
Cuando al aprisco vuelvan su manada.  
Al túmulo vacío, mis amores,  
Un pobre césped cerrará la entrada,  
Testigo del eterno llanto mío,  
¡Oh ninfa, tú, del occitano río!  
¿Por qué la suerte en el fatal momento  
Del lecho funeral me ha dividido?  
Elisio hubiera su postrer aliento  
En sus amigos labios recogido.  
Hubiera con su abrazo el movimiento  
Por sus helados miembros esparcido,  
Y el poder de la muerte suspendiera,  
Si á tanto alcanza la amistad sincera.  
Y si era el hado que en tu edad florida  
Al amor y amistad fueses robado.  
Por mis manos la tierra conmovida,  
Hubiera el blando túmulo formado;  
Y luego aquella rama entristecida  
Lo entoldará del jóven malogrado,  
Cuando aquí en ocio ingrato el dolor mío  
La ninfa ye del occitano río.  
Vinieran los pastores, y entre ellos  
Filenó, honor del Bétis, y lloroso  
Aquel divino (3) que en los campos bellos  
Cantó el amor sencillo y generoso;  
Destrenzados los nítidos cabellos  
De las lindas zagalas, coro hermoso,  
A su amador perdido lamentarán,  
Y con fúnebres himnos te invocarán.  
Y desparcido en la pintada vega  
El cándido rebaño y sus amores,  
Olvidará el pastor que el alba llega  
Por escuchar mi queja y sus loores.  
En cuanto el Bétis cristalino riega,  
Templando el Can estuvo los ardores,  
Se extendiera la voz del canto mío,  
Que apenas oye el occitano río.  
Y del líquido seno levantando,  
Ninfas tartesias, vuestra ovosa frente,  
El nombre de mi Aristo celebrando,  
Al piélago volára de Occidente;  
Y moviera á piedad mi lloro blando  
Al rey feroz del húmido tridente:  
Lleva á los mares, lleva el canto mío,  
¡Oh ninfa, tú, del occitano río!  
Mas nadie como tú, dulce Fileno,  
Tiernas lágrimas diera, que á su lado  
Del patrio campo en el egido ameno  
Tus juveniles años has gozado.  
Su postrer canto lo exhaló en tu seno,  
Cual cisne en frescas hierbas reclinado,  
Y á mí entre tanto me aprisiona impio  
En su ribera el occitano río.

(3) El autor del hermoso drama pastoral *Los amantes generosos* es uno de los poetas que más han ilustrado en nuestros días la patria de los Herreras y Riojas. (Nota del Autor.)

Y tú, Cratilo (1), ejemplo de amadores,  
Gloria de la amistad, que perseguido  
Del áspero infortunio, á sus rigores  
El fuerte pecho opones no vencido;  
Tú, al esparcir las merecidas flores  
Desatarás el llanto reprimido,  
Cual si al voraz incendio se avecina  
Por sus extremos la troncada encina.

¡Y qué llanto igualara al sentimiento  
O de tu Iberia ó de la Emilia mia?  
Aquella, triste en amoroso acento,  
Esta, con blanda voz de amistad pia,  
Enfrenarán el vuelo al raudo viento;  
Pararán la corriente al agua fria,  
Y de sus tiernas ansias conmovidos,  
Dieran los montes lúgubres gemidos.  
¡Caras prendas! ¡Ay triste! ¡Quién pudiera  
Unir al vuestro su afligido canto!  
El grato amor y la amistad sincera  
Templarán dulces mi mortal quebranto.  
Al amor sepultó la ausencia fiera,  
No escucha la amistad mi tierno llanto,  
Y sólo eres testigo al dolor mio,  
¡Oh ninfa, tú, del occitanio rio!

¡Ay! ¡Dónde huyeron las alegres horas  
Que á tu lado gozaba en la pradera  
Cuando, al nacer las candidas auroras,  
Tu cítara templabas lisonjera?  
El dulcísimo acento las pastoras  
Escuchaban con risa placentera,  
Y el nombre de la ninfa que adorabas  
En el tronco del álamo grababas.

Y yo, á la sombra del frutal tendido,  
Tu lira oyendo entre las frescas flores,  
De la vecina fuente al blando ruido,  
Al placer me entregaba y los amores.  
Mi apacible solaz no interrumpido  
Envidiaban zagalas y pastores.  
Trocaste á tanto bien, destino impio,  
La odiosa márgen de extranjero rio.

¡Momento duro aquel, oh dulce amigo,  
Que me arrancó de tí! ¡Quién me dijera  
Que cuando, á nuestras lágrimas testigo,  
La triste noche de mi ausencia fiera,  
El cielo, á tantas dichas enemigo,  
En muerte y en dolor las convirtiera,  
Y aquel abrazo el último sería  
Que al cuello de mi Aristo estrecharia?  
A orfandad rigurosa condenado,  
Sin placer, sin amores, sin cantares,  
Llevando á la ventura mi ganado,  
Repetiré á las selvas mis pesares;  
Empero el nombre de mi Aristo amado  
Resonarán los campos que bañares;  
Pues oye compasiva el llanto mio,  
¡Oh ninfa, tú, del occitanio rio!

Ya ¡qué me resta? Adios, choza inundada  
De mi llanto, Liberio generoso;  
Adios, adios, redil; adios, manada;  
La aborrecida luz dejo gozoso;  
Sólo en el seno de la tumba helada  
Junto á mi Aristo encontraré reposo;  
Mas no olvides jamas el canto mio,  
¡Oh ninfa, tú, del occitanio rio!

## POETA.

Aquí calló el pastor, que desmayados  
Sobre la arena fria  
Los doloridos miembros palpitaban.  
Los ojos derramados  
La postrer luz del dia,  
De palidez cubiertos, contemplaban.  
Despedidos rodaban  
El cayado y la avena

(1) Si acaso estos débiles versos llegan un dia á tus manos, ¡oh mi amado Cratilo! no te será difícil conocer cuál es la divinidad que me lo ha dictado, ¡oh tú el más tierno y el más infeliz de los amantes, el más generoso de los amigos! Pocos se podrán lisonjear de ser tan amados como tú lo eres de tu agradecido Elísio.

(Nota del Autor.)

De la ya incierta mano, y al tormento  
De su perdido bien y mal presente  
Terminára en morir su cruda pena,  
Si el áspero lamento  
No oyera diligente  
El mayoral Liberio, y en sus brazos  
Al techo pastoral lo condujera.  
Entre tanto de Tétis los abrazos  
Buscaba el rojo Apolo; blando el sueño  
Por la tendida esfera  
Los hombres y animales recreaba,  
Y bajo el manto de la noche umbría  
De su tormento Elísio descansaba,  
Y aún descansando el infeliz gemía.

## ROMANCES.

## EL PUENTE DE LA VIUDA (2).

## I.

«No vayas á Miraflores (3)  
Esta tarde, amado hijo;  
No vayas, que ruge el Noto,  
De horrenda tormenta indicio.  
¡No ves enlutado el cielo,  
Cuajado en nieblas el risco,  
Y los siniestros celajes  
Brotando del mar vecino?  
¡Oyes, oyes en los troncos  
Del fiero huracan los silbos?  
Mira ya en cárdena lumbre  
Los horizontes teñidos.  
El trueno zumba; los campos  
Se blanquean del granizo;  
Y tras él, la densa lluvia  
Inunda mieses y apriscos.  
¡Cuán alterado el Mijáres (4)  
Alza su raudal mezquino,  
Soberbio con el aumento,  
Cual villano enriquecido!  
Mira en la Rambla (5) á lo léjos  
Cuál baja el arroyo altivo,  
Y el antes árido cauce  
Llena con fiero bramido.  
No tu vida, que es la mia,  
Cárlas, pongas á peligro;  
Que agradecerá tu Julia  
Que por hoy no la hayas visto.  
El pesar de corta ausencia  
Sufrirá con fiel cariño:  
Que el amor, si es virtuoso,  
Sabe vencerse á sí mismo.  
Si de su amoroso pecho  
He de juzgar por el mio,  
Que el riesgo no arrostres pide  
Al Dios de los afligidos.

(2) El argumento de estos romances se funda en una tradicion popular del reino de Valencia, que tiene todos los visos de ser verdadero su origen. La tradicion está tan arraigada en el país, que al pasar por Villareal, hubo quien me indicase como construido por la Viuda, el hermoso puente del Mijáres, de trece arcos, hecho en el reinado de Carlos III, siendo ministro el Conde de Floridaablanca, en la penúltima decena del siglo XVIII, por el arquitecto don Bartolomé Ribelles, siendo comisionado para la obra el Marqués de Valéras. (Nota del Autor.)

(3) Miraflores, casa de campo, que finge el poeta situada al otro lado del Mijáres y de la Rambla con respecto á Villareal, y que se supone era la habitacion de Julia, prometida esposa de Cárlas, y de sus padres. (Id.)

(4) Mijáres, rio del reino de Valencia, que pasando por entre Villareal y Almazora, desemboca en el Mediterráneo. (Id.)

(5) La Rambla, cauce de un arroyo casi seco, pero que en los temporales de agua viene muy furioso, y más crecido que el Mijáres, especialmente si proceden las lluvias de las partes de Aragon y del Maestrazgo de Montesa. Corre por la parte del Noroeste, y desemboca en el rio casi enfrente de Villareal. De tiempo inmemorial tiene el nombre de Rambla de la Viuda. (Id.)

De tu suspirado enlace  
Ya la licencia ha venido;  
No malogres por un hora  
De amante constancia un siglo.  
Jamás, si en las fieras lides  
Mostraste tu pecho invicto,  
Las lágrimas de una madre  
Desalentaron tus bríos.  
Que aunque afligida y viuda,  
Sin más amparo ni arrimo  
Que tú, Cárlas de mi alma,  
Supe enfrenar mis quejidos.  
Por tu Dios, tu rey, tu patria  
Volabas al trance esquivo;  
En tales causas, es siempre  
Bien perdido lo perdido.  
Gloria y bienes aumentaste  
De tu casa al timbre antiguo;  
El rey tus bodas permite,  
Y eres amante y querido.  
En Villareal (1) te adoran  
Caballeros y vecinos,  
Y desde el Cenia al Segura  
Es tu nombre esclarecido.  
Este tesoro de dichas,  
Que el cielo nos dió benigno,  
No destruya, amado Cárlas,  
Tu impaciente desvario.  
Si Dios reclama sus dones,  
Resignémonos sumisos;  
Mas disiparlos nosotros  
Es locura y es delito.  
Tu vida, expuesta en las guerras,  
Concedió á los ruegos míos;  
Lo que con Dios alcanzaron,  
Alcancen tambien contigo.  
¡Ay! no cesa la tormenta,  
Ni la lluvia; brama el rio,  
Y las sombras se anticipan,  
Y crujen cielos y abismos.  
De Villareal no salgas  
Esta noche, Cárlas mio;  
Como madre te lo ordeno,  
Y por tu esposa lo pido.»  
A la maternal ternura  
Cárlas responde propicio;  
Concede lo que le ruega;  
Duda si podrá cumplirlo.  
Retírase, y en su pecho  
Comienza nuevo conflicto;  
Julia aún no sabe que tienen  
De ser felices permiso.  
¡Pasará la edad de un dia  
Sin que vuele enloquecido  
Donde el gozo que le oprime  
Exhale en dulces suspiros?  
¡A mujeriles temores  
Se mostrará sometido,  
Quien en el campo la espalda  
Jamás volvió al enemigo?  
Eso no; nunca su Julia  
Le llame cobarde ó tibio;  
Es intrépido y es jóven,  
Y amante correspondido.  
A hurto de su madre baja  
Por no escuchar sus gemidos,  
Ensilla el mejor caballo,  
Y se entrega á su destino.

## II.

Por la orilla del Mijáres  
Discurre el fuerte mancebo,  
Fija la vista en el rio,  
Y en su amada el pensamiento,  
Redobla el Noto su furia;  
La oscuridad va creciendo;

(1) Villareal, poblacion hermosa del reino de Valencia, situada á la derecha del Mijáres, donde se supone que tenían su casa la Viuda y su hijo. (Nota del Autor.)

Sólo el relámpago á veces  
Traspasa su denso velo.  
En diluvios se desatan  
Los copiosos aguaceros,  
Y las pobres fuentejillas  
Corren arroyos soberbios.  
Tres veces intenta Cárlas  
Lanzarse al raudal violento,  
Y tres el bridon paciente  
Rehusó el servicio funesto.  
Ya contra el curso del agua  
Sigue la ribera atento,  
Por si algun vado le ofrece  
Ménos temeroso el riesgo.  
Ya su caballo espolea,  
Soltándole todo el freno;  
Ya examina entre las nieblas  
Los ribazos más someros.  
Cruza el rayo por las nubes;  
Ruge el Noto; el firmamento  
No concede ni aún el brillo  
Del más escaso lucero.  
Al bosque de los laureles  
Llega, cuyo bulto negro  
Sombras añade á las sombras  
Con sus erguidos renuevos.  
Allí ménos hondo el rio  
Correr suele y más extenso,  
Quando manso entre las piedras  
Deja puente al pasajero.  
Allí piensa atravesarlo;  
Y su leal compañero,  
Más dócil al acicate  
Adonde el peligro es ménos,  
Entra en las ondas y avanza;  
Ya pierde el fondo, y los remos  
Nadando extiende; ya opone  
Al raudal el firme pecho.  
Con hábil instinto el paso  
Va poco á poco torciendo;  
Parece que cede, y vence;  
Y es la esperanza su esfuerzo.  
Ya de la opuesta ribera  
Conoce cercano el puerto,  
Y por romper la corriente  
Agota el último aliento.  
Ya pisa alegre la arena,  
Bien que anhelando; y su dueño  
A Miraflores dirige  
Los pasos y los afectos.  
Ni le amedrenta del agua  
El sonido, ni del trueno,  
Ni la oscurísima niebla,  
Ni el crudo silbar del viento.  
Ya la ermita de Quiteria (2)  
Deja, cuyo humilde techo,  
Herido del agua, inunda  
El rayo en lívidos fuegos.  
Hasta el balcon de su amada  
Ya puede alcanzar su acento,  
Y ya divisa en la quinta  
De las luces el reflejo.  
Mas ¡ay! que el arroyo altivo  
Se opone á su ardiente anhelo,  
Y las ondas despeñadas  
Niegan paso á sus deseos.  
Arrostra el nuevo peligro;  
Y el bridon, cansado y yerto,  
Obedece, aunque temblando,  
De la espuela el duro hierro.  
No el agua profunda ofrece  
Allí el peligro más cierto;  
Sino el ímpetu, que arrastra  
Con ella chozas y aperos.  
Los riscos de la montaña  
Arranca de sus cimientos,  
Y los árboles más firmes

(2) La ermita de Santa Quiteria está colocada á la orilla izquierda del Mijáres, muy cercana á él, un poco más al norte de la embocadura de la Rambla. Esta ermita es de la jurisdiccion de Almazora, cuyo ayuntamiento es patrono de ella. (Nota del Autor.)